

teorema

Vol. XXX/1, 2011, pp. 5-11

ISSN: 0210-1602

[BIBLID 0210-1602 (2011) 30:1; pp. 5-11]

Resumen de *What is Analytic Philosophy?*

Hans-Johann Glock

Aunque este libro no es ni una introducción a los problemas y técnicas de la filosofía analítica, ni una revisión histórica comprehensiva de la tradición analítica, ni una defensa de los métodos analíticos de filosofar, toca sin embargo todos esos temas. *What is Analytic Philosophy?* [Cambridge, Cambridge University Press, 2008] es más bien un intento de responder a la pregunta planteada en el título de una manera directa. No mira solamente hacia las raíces históricas de la filosofía analítica, sino también a lo que, *en el presente significa* la filosofía analítica, incluyendo el estado actual de su notorio contraste con la ‘filosofía continental’. Muchos de los que practican la filosofía analítica han tendido a identificarla con el género de filosofía al que dan su aprobación. Sin embargo, este libro enfoca el problema de una manera más desapasionada. Examina los problemas metodológicos, historiográficos y filosóficos planteados por la definición de filosofía analítica y considera sus pros y contras. Explora también las implicaciones intelectuales y culturales más amplias de la filosofía analítica.

Hay al menos cuatro razones para hacer ahora este ejercicio. En primer lugar, existe un acuerdo bastante general en otorgarle a la filosofía analítica poco más de cien años de existencia y esto la hace ser lo suficientemente madura como para invitar a que sea objeto de ciertas reflexiones históricas y metafilosóficas. En segundo lugar, durante los últimos 25 años se ha producido un debate cada vez más intenso, y en ocasiones acalorado, sobre las raíces y el carácter de la filosofía analítica. En tercer lugar, el estado actual de la filosofía analítica es una combinación de triunfo y crisis que necesita ser examinado con detalle. Por una parte, la filosofía analítica es actualmente la fuerza dominante dentro de la filosofía occidental. Ha sido dominante durante varias décadas en el mundo de habla inglesa y está en ascenso en lugares como Alemania o Francia, que en el pasado le eran hostiles. Además, la filosofía analítica no es solo el movimiento filosófico contemporáneo más importante en términos institucionales y numéricos. También proporciona un punto de orientación inevitable para los demás movimientos.

Al mismo tiempo, hay rumores continuos acerca de la “desaparición” de la filosofía analítica, de su “defunción” –o, al menos, de que está en “crisis”– y quejas sobre sus “ampliamente percibidos defectos”, especialmente su pérdida de identidad (la filosofía analítica se ha diversificado tanto que ha perdido su perfil distintivo) y su falta de vigor (la filosofía analítica se ha deteriorado hasta convertirse en una industria escolástica que ya no es capaz de un progreso genuino, no digamos ya de avances espectaculares). Finalmente, la filosofía analítica ha sufrido un giro histórico o retrospectivo. Entre los que la practican hay ahora un vivo interés por la historia de la filosofía en general y la historia de la filosofía analítica en particular. Y para algunos entendidos esta vuelta hacia el pasado es parte inseparable del declive o desaparición de la filosofía analítica.

La Introducción comienza argumentando que la naturaleza de la filosofía analítica no es sólo un tema ampliamente debatido, sino también un asunto importante. La razón es esta: por un lado, muchos filósofos profesionales mantienen puntos de vista muy definidos sobre este tema y muchos de ellos son falsos. Por otro, rótulos tales como “filosofía analítica” o “filosofía continental” continúan usándose ampliamente y dan forma a la práctica académica; incluso algunas veces dan lugar a debates dentro de una esfera cultural más amplia. Finalmente, aunque es cierto que una taxonomía de escuelas, posiciones y métodos no puede reemplazar a los debates substantivos sobre los problemas filosóficos, puede facilitar tales debates, y esto no es solo inevitable, sino también potencialmente instructivo cuando se trata de hacer un relato del desarrollo y el estado actual de nuestro tema de estudio. Lo que necesitamos no es, *pace Ryle*, el puritanismo de evitar clasificaciones, sino el hacer clasificaciones que sean a la vez escrupulosas e iluminadoras.

La Introducción se concentra a continuación en la cuestión de cómo debería enfocarse el problema de la naturaleza de la filosofía analítica. Búsquese o no una definición que se aplique a todos y solo los filósofos analíticos, se necesita una explicación de lo que cuenta como filosofía analítica. De lo contrario, incluso las generalizaciones estadísticamente cualificadas sobre la filosofía analítica, y ciertamente la negación de que hay condiciones necesarias y suficientes que hacen que un pensador, una obra o una idea sean parte de la filosofía analítica, carecerían de una muestra convenientemente deslindada en la que aquellas podrían basarse. ¿Pero qué tipo de explicación es la apropiada? Los rótulos y distinciones de la ciencia natural pueden ser capaces de “descuartizar la realidad siguiendo sus articulaciones naturales”, como han defendido los esencialistas de Platón a Kripke. Pero esto no puede esperarse razonablemente de rótulos o distinciones históricas tales como ‘filosofía analítica’. Por tanto, todo lo que podemos esperar es una definición *nominal* más bien que una definición real. Y con respecto a un término establecido como ‘filosofía analítica’, una definición estipulativa irrestricta invita a la confu-

sión sin ganancia aparente alguna. Lo que necesitamos, al menos en primera instancia, es una definición informativa o léxica, una definición que capture de la mejor manera posible la usanza establecida. En el caso de un término (semi-)técnico como ‘filosofía analítica’ la usanza no es la del hombre de la calle, sino el uso estándar que hacen los académicos, los estudiantes y los intelectuales. Y el rótulo tiene un uso razonablemente bien controlado de este género. Aunque podamos carecer de una explicación clara y convincente, estamos de acuerdo de una manera bastante amplia en la aplicación que hacemos de ella, no solo con respecto a las figuras y obras existentes, sino también respecto de una *clase abierta* de casos.

Por esta razón, el método apropiado para abordar el título en cuestión es considerar si las definiciones que se sugieren incluyen todos los ejemplos generalmente reconocidos de filósofo analítico y excluyen todos los ejemplos de filósofos no analíticos generalmente reconocidos. En una primera instancia, las concepciones de la filosofía analítica han de ser confrontadas con la *extensión comúnmente reconocida* del término. Sólo si no aparece ninguna definición informativa que satisfaga este *desideratum* hay una buena razón para plantear una definición revisionista, una definición que diverja de la explicación y extensión generalmente aceptada de ‘filosofía analítica’.

Aunque mi interés último es concentrarme en el presente, la extensión comunmente reconocida del rótulo ‘filosofía analítica’ sólo puede hacerse patente respecto del trasfondo del movimiento filosófico al que aquél de modo general se aplica. Por esta razón, el capítulo 2 ofrece un panorama histórico de las partes relevantes de los siglos XIX y XX. Examina tanto las raíces anglófonas como las germanófonas teniendo presente *también* los desarrollos relevantes que se dan más allá de la filosofía analítica.

Sobre la base de este panorama histórico, los siguientes capítulos discuten los distintos modos en los que la filosofía analítica ha sido definida o concebida en cualquiera de los diferentes estadios de su desarrollo. Esos modos se organizan de acuerdo con *tipos* de explicaciones. Cada capítulo está dedicado a un parámetro respecto del cual la filosofía analítica, o cualquier otro movimiento filosófico, podría clasificarse. Los primeros cinco parámetros resultan ser inadecuados. Entre ellos están incluidos, en particular, el parámetro ‘material’ de los temas o doctrinas filosóficas que pretendidamente comparten todos y solo los filósofos analíticos y el parámetro ‘formal’ de los métodos o estilos pretendidamente empleados por todos y solo los filósofos analíticos.

El capítulo 3, ‘Geografía y lenguaje’, trata de las definiciones geolingüísticas. La imagen de la filosofía analítica como un fenómeno anglófono es todavía sorprendentemente común y está incorporada dentro del contraste analítica/continental. Pero el propio rótulo ‘filosofía continental’ es inapropiado a la vista, muy especialmente, de las raíces centroeuropeas de la filoso-

fía analítica. Sin embargo, el contraste entre filosofía analítica y continental está ligado a, y viene reforzado por, diferencias estereotípicas entre, por un lado, la filosofía anglófona y la cultura académica y sus contrapartidas continentales por otro. A lo largo del siglo XIX, el conflicto entre el empirismo británico y el racionalismo continental fue reemplazado gradualmente por divisiones geográfica e intelectualmente más complejas. Examino también cómo los desarrollos políticos tales como el ascenso del nazismo y los desarrollos filosóficos como la rehabilitación de la metafísica a partir de 1960 hacia delante convirtieron el injustamente olvidado contraste entre filosofía *tradicional* y filosofía *analítica* en el divorcio entre filosofía analítica y filosofía continental tal como lo conocemos hoy en día. Con todo, la concepción anglocéntrica de la filosofía analítica es insostenible y también lo es su parente más sofisticado, la concepción anglo-austriaca. En la actualidad, la filosofía analítica florece en muchas partes del continente, mientras que la filosofía continental es muy popular en Canadá y en los Estados Unidos. La filosofía analítica no es una categoría ni geográfica ni lingüística. Finalmente, el rótulo ‘filosofía continental’ no logra distinguir entre los movimientos de vanguardia del siglo XX inspirados por Nietzsche y Heidegger y la filosofía tradicional o tradicionalista que domina de forma efectiva la filosofía académica en la Europa continental.

El capítulo 4, ‘Historia e historiografía’, discute la cuestión de si la filosofía analítica difiere de la continental y, de modo especial, de la filosofía tradicionalista por lo que respecta a su carencia de conciencia histórica. En los últimos años se ha acusado incluso a la filosofía analítica de ser injustamente ahistórica. Muestro, sin embargo, que la filosofía analítica no puede caracterizarse de modo general por una actitud despectiva hacia el pasado. De hecho, se ha producido recientemente un giro de la filosofía analítica hacia la historia. Además, la defiendo de algunos ataques historicistas. En contra de la objeción de que los filósofos analíticos ignoran el pasado argumento que estos, en su mayor parte, solo ofrecen resistencia a la pretensión no fundamentada de que la comprensión de la historia es esencial para la filosofía, no meramente una ventaja. En contra de la objeción de que las historias analíticas de la filosofía son anacrónicas argumento que el enfoque del pasado utilizando un espíritu analítico no solo favorece una mejor filosofía sino también una mejor historiografía.

En el capítulo 5, ‘Doctrinas y temas’, considero la idea de que la filosofía analítica destaca en virtud de un rango particular de problemas y/o respuestas a los mismos. Las definiciones que hacen referencia a doctrinas específicas tienden a ser demasiado estrictas. El rechazo de la metafísica nunca fue algo generalizado entre los filósofos analíticos y ha desaparecido casi por completo. Dummett define la filosofía analítica en relación con el gi-

ro lingüístico. Pero la adopción de ese giro no es algo ni necesario ni suficiente para ser un filósofo analítico. Entre otras cosas, debe distinguirse por una parte entre el surgimiento del análisis lógico y conceptual y el giro lingüístico por otra. Del mismo modo, la filosofía analítica no se caracteriza ni por la insistencia en que la filosofía es distinta de la ciencia, ni por la asimilación naturalista de la filosofía a la ciencia. Finalmente, los filósofos analíticos no están de acuerdo ni siquiera sobre los temas en los que discrepan. Es cierto que la preocupación por los temas teóricos no fue algo incidental en el surgimiento de la filosofía analítica; sin embargo esto ya no delimita este modo de hacer filosofía.

Las deficiencias de los enfoques doctrinales fomentan definiciones metodológicas o estilísticas. El capítulo 6 ‘Método y estilo’ argumenta que incluso tales definiciones son inadecuadas. *Prima facie* resulta atractivo ligar la filosofía analítica con el método del análisis. Desgraciadamente, este enfoque tiene que hacer frente a un dilema. Si el análisis se entiende de manera literal, a saber: como la descomposición de fenómenos complejos en constituyentes más simples, entonces el último Wittgenstein y la filosofía lingüística oxoniense, entre otros, quedan descartados. Pero si se entiende de manera suficientemente amplia para que pueda acoger tales casos, entonces capturará figuras que van desde Platón a filósofos continentales como Husserl. Surgen dificultades semejantes en el caso de que afirmemos que la filosofía analítica está centrada en la ‘ciencia’ en tanto que opuesta a las ‘artes’ dado que la filosofía analítica está interesada de manera uniforme en la ciencia e imbuida del espíritu científico.

Si la filosofía analítica no tiene un método que le es propio, quizás presente un estilo particular. A este respecto, Bernard Williams ha sugerido que la filosofía analítica se diferencia de la variedad continental en que evita la oscuridad usando un ‘lenguaje moderadamente llano’ o, cuando es necesario, términos técnicos. Pero la propia noción de claridad esta necesitada de una clarificación urgente. En la medida en que la claridad sea un asunto que tenga que ver simplemente con la prosa y la presentación, no es algo que sea general entre los filósofos analíticos ni que esté limitado solo a ellos. Si hay un rasgo estilístico que separa hoy día a los filósofos continentales de los analíticos se trata más bien de diferentes tipos de oscurantismo –esteticismo, por una parte y escolasticismo por otra–. Esto deja solo la sugerencia de que los filósofos analíticos aspiran al menos a la claridad de pensamiento y rigor argumentativo. Las concepciones racionalistas definen la filosofía analítica como una actitud general hacia los problemas filosóficos, una actitud que subraya la necesidad de argumentos y justificaciones. Pero esto significaría engrosar considerablemente la filosofía analítica. Desde Sócrates, el intento de abordar las cuestiones fundamentales por medio de argumentación razonada ha sido un rasgo distintivo de la filosofía como tal frente a, por ejemplo, la religión o la retórica política y no el sello de garantía de un movimiento filosófico particular.

El capítulo siguiente ‘Ética y política’, muestra que la tradición analítica no se caracteriza por la exclusión de la filosofía moral o la teoría política. A continuación, me dedico a desacreditar dos rumores en conflicto, a saber: que la filosofía analítica es inherentemente apolítica o conservadora y que fomenta una actitud liberal o progresista y que hace que los que la practican sean resistentes al extremismo político. Echo también un vistazo a lo que muestra el “caso Singer” sobre las actitudes analíticas y continentales sobre la libertad de expresión y la capacidad de la filosofía para prescribir cursos de acción específicos. Finalmente, considero si la filosofía analítica tiene un margen sobre sus rivales en virtud de su rechazo a convertir la reflexión filosófica en la sirviente de ideales morales y políticos preconcebidos.

En el capítulo 8, ‘Conceptos contestados, parecidos de familia y tradición’, considero las explicaciones de la filosofía analítica que no toman la forma de condiciones necesarias y suficientes. Tal explicación surge de la concepción racionalista que hace de la filosofía analítica un ‘concepto esencialmente contestado’. En respuesta a esto, concedo que hay un uso honorífico de ‘filosofía analítica’. Pero tal uso está menos establecido que el descriptivo y es inferior para propósitos taxonómicos o de debate. En el resto del capítulo, defiendo *mi propia* concepción de la filosofía analítica, que combina dos enfoques. El primero consiste en la idea de que la filosofía analítica debería explicarse en términos de *parecidos de familia*. Lo que mantiene unidos a los filósofos analíticos no es un único conjunto de condiciones necesarias y suficientes, sino un hilo de semejanzas entrecruzadas (semejanzas doctrinales, metodológicas y estilísticas). De este modo, los filósofos analíticos pueden estar ligados con Frege y Russell en sus métodos lógicos, al positivismo lógico y a Quine en su respeto por la ciencia, o a Wittgenstein y la filosofía lingüística en su preocupación por el *a priori*, el significado y los conceptos, etc. Argumentaré en contra de las críticas a la propia idea de parecidos de familia. Al mismo tiempo, una concepción de la filosofía analítica basada en los parecidos de familia sobrepasa una vez más la extensión reconocida del término.

Esta deficiencia se evita combinando una concepción basada en los parecidos de familia con otra *genética* o *histórica*. De acuerdo con lo último, la filosofía analítica es de modo primero y principal una secuencia histórica de individuos y escuelas con influencias mutuas, embarcados también en debates entre ellos, sin compartir ninguna única doctrina, problema, método o estilo. Esta concepción histórica es conforme a la práctica común. Ahora bien, esto requiere un cierto complemento; no en pequeña parte porque no acaba de estar claro cómo se determina la pertenencia a esta tradición. Para considerar a alguien como filósofo analítico no basta que este esté en relaciones, incluso de influencia *mutua*, con miembros de la lista de tales filósofos. Si esto fuera suficiente, tendríamos que incluir a Husserl y a Habermas entre los filósofos

analíticos. Además, una concepción puramente histórica ignora que los filósofos pueden ser más o menos analíticos por razones distintas de los lazos históricos. Estas preocupaciones pueden apaciguararse si reconocemos que la filosofía analítica es una tradición que *no* se mantiene unida *solo* por razones de influencia, *sino también* por similitudes que se entrecruzan. En la sección final trazo los contornos de la tradición analítica y me pronuncio sobre la cuestión de quién la fundó y cuándo se separó de la filosofía tradicional y continental.

Una vez que se ha respondido a la pregunta que aparece en el título, el capítulo final ‘Presente y futuro’ encara el estado actual de la filosofía analítica y del divorcio analítica/continental. Este divorcio desempeña un papel muy importante en tres áreas de relevancia contemporánea más amplia: las “guerras entre cultura y ciencia”; los temores europeos de un “imperialismo cultural” anglo-americano y la insularidad creciente de la cultura anglo-americana frente a la de la Europa continental. Considero también algunas debilidades efectivas o supuestas del actual escenario analítico. La última sección contempla el futuro de la filosofía analítica y su contraste con el pensamiento continental. Concluyo que las barreras entre las dos todavía existen en el presente y que el superarlas no es un fin primordial en sí mismo. La filosofía analítica necesita poner en valor su posición en varios aspectos, pero la aspiración final no ha de ser el conseguir una escena filosófica unificada, sino simplemente el lograr una filosofía mejor.

*Philosophisches Seminar
Universität Zürich
Zürichbergstrasse 43, CH-8044 Zürich, Schweiz / Suiza
E-mail : glock@philos.uzh.ch*



WHAT IS
Analytic Philosophy?

Hans-Johann Glock

CAMBRIDGE

teorema

Vol. XXX/1, 2011, pp. 13-18

ISSN: 0210-1602

[BIBLID 0210-1602 (2011) 30:1; pp. 13-18]

Précis of *What is Analytic Philosophy?*

Hans-Johann Glock

The book is neither an introduction to the problems and techniques of analytic philosophy, nor a comprehensive historical survey of the analytic tradition, nor an apology of analytic methods of philosophising, though it touches on all of these genres. Instead, *What is Analytic Philosophy?* [Cambridge, Cambridge University Press, 2008] is an attempt to answer the question posed in its title in a direct and comprehensive manner. The book looks not just at the historical roots, but also at what analytic philosophy *presently amounts to*, including the current state of the notorious contrast to ‘continental philosophy’. Most practitioners have tended to identify analytic philosophy with the kind of philosophy they approve of. This book approaches the issue in a more dispassionate fashion. It scrutinizes the methodological, historiographical and philosophical issues raised by definitions of analytic philosophy, and considers their pros and cons. It also explores the wider intellectual and cultural implications of analytic philosophy.

The occasion for the exercise is fourfold. First, by common consent analytic philosophy is a little over 100 years old, sufficiently mature to invite historical and metaphilosophical reflection. Secondly, over the past 25 years there has been an increasingly intensive and occasionally heated debate about the roots and the character of analytic philosophy. Thirdly, the current state of analytic philosophy is a combination of triumph and crisis that stands in need of scrutiny. On the one hand, it is now the dominant force within Western philosophy. It has prevailed for several decades in the English-speaking world, and is also in the ascendancy in places once regarded as hostile, such as Germany and France. Moreover, analytic philosophy is not just the most important contemporary philosophical movement in institutional and numerical terms. It also furnishes an inescapable point of orientation for the others.

At the same time there are continuous rumours about the ‘demise’ of analytic philosophy, about it being ‘defunct’ or at least in ‘crisis’, and complaints about its ‘widely perceived ills’, notably its loss of identity (analytic philosophy has become so diverse as to lose its distinctive profile) and loss of vigour (analytic philosophy has deteriorated into a scholastic industry no

longer capable of genuine progress, let alone breakthroughs). Finally, analytic philosophy has undergone a historical or retrospective turn. Among its practitioners, there is now a wide interest in the history of philosophy in general and the history of analytic philosophy in particular. And to some pundits, this turn to the past is itself part and parcel of the decline or demise of analytic philosophy.

The Introduction starts by arguing that the nature of analytic philosophy is not just a hot topic, but also an important one. For one thing, most professional philosophers hold strong views about it, many of them false. For another, labels like ‘analytic’ and ‘continental philosophy’ continue to be widely used and to shape academic practice; sometimes they even occasion debate in a wider cultural sphere. Finally, while a taxonomy of schools, positions and methods cannot replace substantive debates about the philosophical issues, it can facilitate such debates, and it is not just unavoidable but also potentially instructive when it comes to telling the story of the development and the current state of our subject. What we need is not a puritanical avoidance of classifications, *pace* Ryle, but classifications that are scrupulous and illuminating.

The Introduction next turns to the question of how the nature of analytic philosophy ought to be approached. Whether or not one seeks a definition that applies to all and only analytic philosophers, one needs an explanation of what counts as analytic philosophy. Otherwise even statistically qualified generalizations about analytic philosophy, and indeed the denial that there are necessary and sufficient conditions that make a thinker, work or idea part of analytic philosophy, would lack a demarcated sample on which they could be based. But *what type* of explanation is appropriate? The labels and distinctions of natural science may be capable of ‘carving nature at its joints’, as essentialists from Plato to Kripke have urged. Yet this cannot reasonably be expected of historical labels and distinctions such as ‘analytic philosophy’. All we can hope for is a *nominal* rather than real definition, therefore. And with respect to an established term like ‘analytic philosophy’, an unrestrictedly stipulative definition invites confusion for no apparent gain. What we need, at least in the first instance, is a reportive or lexical definition, one that captures as well as possible the established usage. In the case of a (semi-)technical term like ‘analytic philosophy’ that usage is not an everyday one, but the standard use made by academics, students and intellectuals. And the label does have a reasonably well controlled use of this kind. Although we may lack a clear and compelling explanation, we by-and-large agree in our application of it, not just with respect to extant figures and works but to an *open class* of new cases.

For this reason, the appropriate method for tackling the title question is to consider whether suggested definitions include all generally acknowledged instances of analytic philosophers and exclude all generally acknowledged

instances of non-analytic philosophers. Conceptions of analytic philosophy are to be measured in the first instance against the *commonly acknowledged extension* of the term. Only if no reportive definition satisfying this desideratum comes forth is there a good case for a revisionary definition, one which diverges from the generally accepted explanation and extension of ‘analytic philosophy’.

Although my ultimate focus is on the present, the commonly recognized extension of ‘analytic philosophy’ can only come into view before the background of the movement to which the label is generally applied. For this reason Chapter 2 provides a historical survey of the relevant parts of nineteenth- and twentieth-century philosophy. It examines both the Anglophone and the Germanophone roots, while *also* keeping in mind relevant developments beyond analytic philosophy.

On the basis of this historical survey, the following chapters discuss various ways in which analytic philosophy has been defined or conceived at some stage or other in its career. These are organised according to *types* of explanations. Each chapter is in effect devoted to a parameter along which analytic philosophy, or any other philosophical movement for that matter, could be classified. The first five of these parameters turn out to be unsuitable. This includes in particular the ‘material’ parameter of philosophical topics or doctrines allegedly shared by all and only analytic philosophers and the ‘formal’ parameter of methods or styles allegedly employed by all and only analytic philosophers.

Chapter 3, ‘Geography and Language’, deals with geo-linguistic definitions. The image of analytic philosophy as an Anglophone phenomenon is still surprisingly common and embodied in the analytic/continental contrast. But the very label ‘continental philosophy’ is a misnomer, especially in view of the Central European roots of analytic philosophy. Nevertheless, the contrast between analytic and continental philosophy ties in with, and is reinforced by, stereotypical differences between Anglophone philosophy and academic culture on the one hand, its continental counterparts on the other. In the course of the nineteenth century a conflict between British empiricism and continental rationalism was gradually replaced by geographically and intellectually more complex divisions. I also explore how political developments such as the rise of Nazism and philosophical developments such as the rehabilitation of metaphysics from the 1960s onwards turned the now unduly neglected contrast between analytic and *traditional* philosophy into the analytic vs. *continental* divide as we now know it. Still, the Anglocentric conception of analytic philosophy is untenable, and so is its more sophisticated cousin, the Anglo-Austrian conception. At present, analytic philosophy flourishes in many parts of the continent, while continental philosophy is highly

popular in North America. Analytic philosophy is neither a geographical nor a linguistic category. Finally, the label ‘continental philosophy’ fails to distinguish between the twentieth century avant-garde movements inspired by Nietzsche and Heidegger and the traditional or traditionalist philosophy that actually dominates academic philosophy on the continent of Europe.

Chapter 4, ‘History and Historiography’, debates the question of whether analytic philosophy differs from continental and especially from traditionalist philosophy in its lack of historical awareness. In recent years, even some practitioners have accused analytic philosophy of being unduly ahistorical. I show, however, that analytic philosophy in general is not characterized by a dismissive attitude towards the past. Indeed, there has been a recent turn towards history. Furthermore, I defend analytic philosophy against some historicist attacks. Against the objection that analytic philosophers ignore the past, I argue that for the most part they only resist the unfounded claim that an understanding of history is essential rather than merely advantageous to philosophy. Against the objection that analytic histories of philosophy are anachronistic, I argue that approaching the past in an analytic spirit actually makes not just for better philosophy but also for better historiography.

In Chapter 5, ‘Doctrines and Topics’, I turn to the idea that analytic philosophy stands out by virtue of a particular range of problems and/or answers to these problems. Definitions by reference to specific doctrines tend to be too narrow. The rejection of metaphysics was never universal among analytic philosophers and has vanished almost completely. Dummett defines analytic philosophy by reference to the linguistic turn. But taking such a turn is neither necessary nor sufficient for being an analytic philosopher. Among other things, one must distinguish between the rise of logical and conceptual analysis on the one hand, the linguistic turn on the other. Similarly, analytic philosophy is characterized neither by an insistence that philosophy is distinct from science, nor by the naturalistic assimilation of philosophy to science. Finally, analytic philosophers do not even agree on topics on which to disagree. While a preoccupation with theoretical topics was not incidental to the rise of analytic philosophy, it certainly no longer confines the genre.

The shortcomings of doctrinal approaches encourage methodological or stylistic definitions. Chapter 6, ‘Method and Style’, argues that even such definitions are inadequate. It is *prima facie* attractive to tie analytic philosophy to the method of analysis. Unfortunately, this approach faces a dilemma. If analysis is understood literally, namely as the decomposition of complex phenomena into simpler constituents, it rules out the later Wittgenstein and Oxford linguistic philosophy, among others. But if it is understood widely enough to accommodate such cases, it will also capture figures ranging from Plato to conti-

mental philosophers like Husserl. Similar difficulties arise for the idea that analytic philosophy is ‘science’ as opposed to ‘arts’ centered, in that it is uniformly interested in science and infused with a scientific spirit.

If analytic philosophy has no distinctive method, perhaps it at least features a particular style. In this vein Bernard Williams has suggested that analytic philosophy differs from the continental variety in that it avoids obscurity by using either ‘moderately plain speech’ or, where necessary, technical idioms. But the notion of clarity itself stands in urgent need of clarification. In so far as it is a straightforward matter of prose and presentation, it is neither universal among analytic philosophers nor confined to them. If a stylistic feature separates continental and analytic philosophy at present, it is rather different types of obscurantism—aestheticism on the one hand, scholasticism on the other. This leaves the suggestion that analytic philosophy at least aspires to clarity of thought and argumentative rigour. Rationalist conceptions define analytic philosophy as a general attitude towards philosophical problems, one which emphasizes the need for argument and justification. But this would make the bulk of philosophy analytic. Ever since Socrates, the attempt to tackle fundamental questions by way of reasoned argument has been a distinguishing feature of philosophy as such, e.g. vis-à-vis religion or political rhetoric, not the hallmark of a particular philosophical movement.

The next chapter, ‘Ethics and Politics’, demonstrates that the analytic tradition is not characterized by the exclusion of moral philosophy and political theory. Next I scotch two conflicting rumours, namely that analytic philosophy is inherently apolitical or conservative, and that it encourages a progressive or liberal attitude and renders its practitioners resistant to political extremism. I also look at what the Singer affair shows about analytic and continental attitudes towards freedom of speech and philosophy’s capacity to prescribe specific courses of action. Finally, I consider whether analytic philosophy has an edge over its rivals by dint of refusing to turn philosophical reflection into the handmaiden of preconceived moral and political ideals.

In chapter 8, ‘Contested Concepts, Family Resemblances and Tradition’, I turn to explanations of analytic philosophy that do not take the form of definitions in terms of necessary and sufficient conditions. One such explanation arises out of the rationalist conception, which turns analytic philosophy into an ‘essentially contested concept’. In response, I grant that there is an honorific use of ‘analytic philosophy’. But it is less entrenched than the descriptive one and inferior for purposes of philosophical taxonomy and debate. In the remainder of the chapter, I defend *my own* conception of analytic philosophy, which combines two approaches. The first is the idea that analytic philosophy should be explained in terms of *family-resemblances*. What holds analytic philosophers together is not a single set of necessary and sufficient

conditions, but a thread of overlapping similarities (doctrinal, methodological and stylistic). Thus current analytic philosophers may be tied to Frege and Russell in their logical methods, or to logical positivism and Quine in their respect for science, or to Wittgenstein and linguistic philosophy in their concern with the *a priori*, meaning and concepts, etc. I shall rebut criticisms of the very idea of family-resemblance. At the same time, a family-resemblance conception of analytic philosophy once more overshoots the acknowledged extension of the term.

This shortcoming is avoided by combining a family-resemblance with a *genetic* or *historical* conception. According to the latter, analytic philosophy is first and foremost a historical sequence of individuals and schools that influenced, and engaged in debate with, each other, without sharing any single doctrine, problem, method or style. This historical conception conforms to common practice. But it requires supplementation, not least because it remains unclear how membership of this tradition is determined. To count as an analytic philosopher it is not enough to stand in relations even of *mutual* influence to members of this list; otherwise one would have to include, e.g., Husserl and Habermas. Furthermore, a purely historical conception ignores that philosophers can be more or less analytic on grounds other than historical ties. These worries can be laid to rest if we acknowledge that analytic philosophy is a tradition held together *not just* by relations of influence, *but also* by overlapping similarities. In the final section I delineate the contours of the analytic tradition, and pronounce on the question of who founded it and when it split off from traditional and continental philosophy.

Having answered the title question, the final chapter ‘Present and Future’ turns to the current state of analytic philosophy and of the analytic/continental divide. That divide plays an important role in three areas of wider contemporary relevance: the ‘culture-’ and ‘science wars’; European fears of Anglo-American ‘cultural imperialism’; and the mounting insularity of Anglo-American culture vis-à-vis continental Europe. I also consider some actual or alleged weaknesses of the current analytic scene. The last section contemplates the future of analytic philosophy and its contrast with continental thought. I conclude that the barriers between the two still exist at present, and that overcoming them is not an overriding end in itself. Analytic philosophy needs to raise its game in several respects, yet the ultimate aim should not be a unified philosophical scene, but simply better philosophy.

Philosophisches Seminar

Universität Zürich

Zürichbergstrasse 43, CH-8044 Zürich, Schweiz / Switzerland

E-mail : glock@philos.uzh.ch